



Formosis levitas semper amica fuit.  
Las bellas gustan de ligereza y variedad.

PROPERC. eleg. 13.

## CORREO

# De las Damas.

YA ERA TARDE.

*Historia romántica del siglo XIII.*

Rayaba el alba y el tibio y argenta-  
do rayo de la luna comenzaba á ceder la  
tierra á la rosada aurora, que á mas andar  
se venia por las doradas puertas del  
oriente. Un caballero, modestamente ata-  
viado, pero cuyas armas bien manifesta-  
ban venir de la guerra, llegaba á una de  
las mas afamadas ciudades de Aragon.  
Traía sobre el cuerpo el arnes completo;  
en la mano pesada lanza; casco y pena-  
cho en la cabeza; en el corazon la me-  
moria de su dama; su nombre en los la-  
bios y lágrimas en los ojos. Seguíale su  
escudero.

I.

--; Ah! de la casa del Sr. Hipólito!  
dijo, y sonó la corneta en señal de lla-  
mada. Nadie respondia.

-- Llama, Sr., mas fuerte: la gente  
está levantada: mira el resplandor de las  
bujías: alzate en los estribos y verás som-  
bras de cuerpos pasar y repasar por de-  
lante de la trémula llama.

-- No nos esperan. Tres años y tres días.  
Este fue el plazo. Ayer cumplió...

-- ¿Y qué importa?; Ah! de la casa  
del Sr. Hipólito! Por S. Jaime que hace  
frio, señor, para estar aquí mucho tiempo,  
y que venimos ginetes y caballos media-  
namente molidos del viage. precipitado;  
50 leguas en ocho dias! Y todo por con-  
quistar una muger...

-- Silencio, blasfemador.

-- Vanonos al meson del pueblo.

10

-- No; que ya abren. Entremos.

Gran fiesta hay en la casa del Sr. Hipólito Segura: van y vienen los criados con salvillas llenas de exquisitos bizcochos y confituras que ofrecen á damas y caballeros. Ricas colgaduras de seda entapizan las paredes de las salas, representándose en ellas mil dibujos variados. Numerosos y dulcísimos menestres tañen los instrumentos mas sonoros y bien templados que damas oyeron. Un altar levantado en medio ofrece á la devocion de la concurrencia la sacra efigie del hombre Dios enclavado por nuestras culpas en el divino madero. El sacerdote revestido espera á los desposados y....

Pero ¿en que está la tardanza? Oyense tiernas y sentidas voces en la inmediata estancia del festejo.

— ¡Ah señor! dice una afligida cuanto hermosa doncella, ¡perdonadme el amargo sacrificio que ha de matarme sin duda!

-- Isabel; y que esperas?

-- Nada, señor: si murió ¿qué he de esperar, sino morir yo tambien? ¡Pero ser de otro!....

-- ¿No diste la palabra, Isabel, contesta el anciano Hipólito? Tres años y tres días son transcurridos y Marsilla que partió á la guerra de Valencia con el rey Jaime, para enriquecerse ¡loco intento! encontró su tumba en la de tantos vencidos y vencedores.

-- ¡Ah! señor, ved los efectos de vuestra avaricia; perdonadme. Era pobre y le desechasteis; era valiente y ha muerto por adquirir prez y dineros con que alcanzar la mano de la hija del avaro....

— ¡Isabel!

— Una hija teniais.... pero temed que pronto....

— Bien, muere.... pero satisface mi honor; cástate antes: el señor Azara tiene nuestra palabra: no dirá Aragon que la hidalga familia de los Seguras.... si no quieres mi maldicion....

— Basta, señor. ¡Dios use con vos de

mas piedad que la que con la infeliz Isabel usais! Vamos, señor, vamos á mi tumba, que altar y tumba será hoy todo uno para mí.

Blanco vestido viste la desposada, de plata y seda recamado: luengo cendal le cuelga hasta los pies: hilos de agua caen de sus ojos, y aran sus mejillas pálidas, frías como el mármol. ¡Azara! ¡Azara! ¡Qué haces, infeliz! ¿Cásaste, ó enviudaste? Mira que tomar muger á disgusto, muger de otro enamorada es meter el enemigo en casa, es morir tú y morir ella! Nada oye el infeliz Azara: tiéntale la hermosura, tiéntale la dote de la desesperada doncella: ya ha cogido su mano: ya el anillo nupcial brilla en el hermoso dedo de la triste Isabel. — ¡Sí! responde una voz, que de la tumba parece salir, al sacerdote: cae la bendicion del cielo sobre el funesto enlace, y un gemido doloroso se escapa del pecho de la desposada, que vuelve, agitada, la cabeza, mira, y cae en brazos de su anciano padre, de sentido privada y de esperanza.

¿Quién ha gritado? ¿Quién ha osado perturbar la sacra ceremonia? — Un caballero: un armado. Alborótase la sala: acuden los generosos mancebos á las espadas: pero el armado, inmóvil, echada la visera, cruzado de brazos, inclinada la cabeza, no parece intentar accion violenta: enclavado en la sala parece haber visto la cabeza de Medusa: es su estátua propia en la agena casa: no habla, no se mueve: vuélvense todos los ojos á mirar á Isabel, pero Isabel ha desaparecido: dos dueñas, de negro cendal vestidas, la llevan y en el lecho nupcial vuelve en sí ya del pasado valido.

— ¿Con que vive? ¿Con que vive? — Son sus primeras palabras: Él es sin duda; bien le conoci: sus ojos me miraban con el brillo de dos carbunclos al traves de la visera. ¡Azara! ¡Azara!

— Pero Azara amenaza á su esposa: